

## *Los orígenes del Partido del Socialismo Democrático (1989-1993): el ave fénix roja en Alemania*

*Ricardo Martín de la Guardia*

Universidad de Valladolid

*Resumen:* El Partido del Socialismo Democrático (*Partei des Demokratischen Sozialismus*), surgido de la descomposición interna del SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*), es un caso relevante de adaptación de los partidos únicos en los regímenes comunistas a la democracia pluripartidista. Dadas las peculiaridades de la transición en la República Democrática de Alemania, acelerada por su rápida integración en la República Federal, el SED no tuvo la oportunidad de transformarse en una organización socialdemócrata como en la mayoría de los países del Este, pues ya existían el SPD y, a su izquierda, los Verdes. Este hecho explica la importancia histórica de seguirlo en sus primeros pasos para analizar las dificultades de pervivencia de la estructura del partido único y explicar de esta manera su inserción en el sistema de partidos alemán posterior a la Reunificación.

*Palabras clave:* PDS, Unificación, República Democrática de Alemania, postcomunismo, sistema de partidos en Alemania

*Abstract:* Resulting from the decay of the Socialist Unity Party (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*), the Party of Democratic Socialism or PDS (*Partei des Demokratischen Sozialismus*) typifies the adaptation of Eastern and Central European Communist state parties into multiparty democracy. Given the peculiarities of the GDR's political transition—a process which was accelerated by its rapid integration into the Federal Republic—the SED had no chance to develop into a Social Democratic party as that political space was already occupied by the SPD and, further left, the Greens. Hence the importance of tracing the origins of the PDS, that is, the old party structure's struggle for survival and its inclusion in the post-unification German party system.

*Key words:* PDS, Unification, German Democratic Republic, Post-communism, German party system

## Introducción

La sorpresa ante los acontecimientos que estaban desarrollándose en la Europa central y oriental durante la segunda mitad de los años ochenta fue general no sólo entre la población europea, sino también entre los estudiosos del mundo comunista. La singularidad del proceso obligó a los científicos sociales a formular nuevos modelos de investigación e interpretación de lo ocurrido en los países del Este desde 1945. Indudablemente, el análisis del comportamiento de las organizaciones políticas en los procesos de transición a la democracia se convirtió en uno de los campos de estudio preferentes para politólogos e historiadores al considerar, por ejemplo, la enorme repercusión de los antiguos partidos comunistas tanto en el inicio de las transiciones como en la consolidación democrática en los antiguos regímenes populares.

Desde entonces, la mayor parte de las investigaciones ha abordado el estudio de las formas de adaptación de las viejas estructuras a la democracia pluralista, es decir, el paso de los partidos únicos a organizaciones socialistas o socialdemócratas, como en Hungría, Polonia o Bulgaria, entre otros casos. Estos «partidos sucesores» son, pues, las organizaciones herederas de los partidos comunistas que se han sometido voluntariamente a adecuar su discurso político a las nuevas condiciones de la transición, tratando de minimizar o incluso de renunciar a sus vínculos con el movimiento comunista previo<sup>1</sup>. Menos éxito, sin embargo, han tenido los trabajos sobre aquellos partidos que, aun considerados de igual forma sucesores, mantuvieron una postura muy crítica con los cambios operados en las transiciones a la vez que reivindicaban expresamente el legado comunista recibido.

El Partido del Socialismo Democrático (*Partei des Demokratischen Sozialismus*), surgido de la descomposición interna del partido comunista de la RDA o SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*), es quizá uno de los casos más relevantes. Dadas las peculiaridades de la transición en la República Democrática de Alemania, acelerada por su rápida integración en la República Federal, el SED no tuvo

<sup>1</sup> Véase ISHIYAMA, J. T.: «Communist Parties in Transition: Structures, Leaders and Processes of Democratization in Eastern Europe», *Comparative Politics*, 27 (1995), pp. 146-177.

la oportunidad de transformarse en un partido socialdemócrata como en el resto de los países del Este, pues ya existían el SPD y, a su izquierda, los Verdes. Como consecuencia de esta situación, el PDS ha jugado desde que se fundó en un terreno ambiguo tanto en su relación con el SED como en lo referente a su propia definición ideológica; de ahí la importancia histórica que reviste analizar sus primeros pasos con el fin de conocer las dificultades de pervivencia de la estructura del partido que encarnaba constitucionalmente el «papel dirigente» de la sociedad en un régimen comunista, y explicar así su inserción en el actual sistema de partidos en Alemania<sup>2</sup>.

### **El SED y la desaparición de la República Democrática de Alemania**

El 2 de mayo de 1989 el gobierno húngaro ordenó dismantelar los puestos de vigilancia a lo largo de la frontera con Austria como un gesto más de la nueva política de buena vecindad. Sin duda, las autoridades de Budapest no habían calibrado las repercusiones que este acto iba a tener para el futuro de la República Democrática de Alemania. Durante aquel verano de 1989 flujos constantes de ciudadanos germanoorientales franquearon como pudieron las fronteras o aprovecharon el regreso de sus vacaciones en otros países del Este para refugiarse en las embajadas de la RFA en algunas capitales de las democracias populares. El éxodo supuso un nuevo golpe a la legitimidad del proclamado «Estado de los obreros y campesinos», sacudido en aquel año por la crisis económica que arrastraba desde principios de aquella década.

Incapaz de cualquier autocrítica y cada vez más ajeno a la realidad circundante, Erich Honecker, secretario general del SED, insistió en la viabilidad del socialismo revolucionario como fuerza irresistible que acabaría con todos los «traidores» huidos por los cantos de sirena del capitalismo. Parecían, sin embargo, demasiados «traidores» para justificar la cerrazón de los dirigentes máximos del SED: cálculos aproximados estiman en cerca de 400.000 las personas, la mayoría jóvenes cualificados profesionalmente, que entre mayo y septiembre fueron acogidas en territorio de la RFA, sobre todo después de que

---

<sup>2</sup> Véase JANUÉ, M.: *La nova Alemanya. Problemes i reptes de la unificació*, Gerona, Eumo Editorial, 2002, pp. 254-263.

el día 10 de septiembre se abriera definitivamente la frontera húngara<sup>3</sup>.

En una huida hacia delante, la reacción de la cúpula del SED fue centralizar más el proceso de toma de decisiones. Dentro del Politburó un reducido número de acólitos del secretario general, entre ellos, Erich Mielke y Günter Mittag, trataban de mantener el control del Estado. Durante aquel otoño, a pesar de mantenerse en la ilegalidad, los movimientos cívicos de oposición a la dictadura se consolidaron y se hicieron muy visibles, tanto dentro como fuera del país, a través de manifestaciones y marchas pacíficas, sobre todo en las grandes ciudades: el *Bürgerbewegung* surgía ante los ciudadanos de la RDA y la opinión pública europea en general como una nueva forma pacífica de hacer la revolución<sup>4</sup>. Las ciudades de Leipzig y Dresde, entre otras, volvieron a saltar a las páginas de la prensa mundial, esta vez no por los trágicos recuerdos de la guerra, sino por acoger a las masas que expresaban su descontento<sup>5</sup>.

La conmemoración del cuadragésimo aniversario del nacimiento de la República Democrática de Alemania a comienzos de octubre de 1989 no pudo ocultar el malestar de la población. Al contrario que en ocasiones previas, la profusa e insistente campaña de propaganda lanzada por el aparato estatal para celebrar los éxitos del régimen de Honecker no consiguió contar con la aquiescencia de los ciudadanos. A pesar de la represión, muchos mostraron públicamente su rechazo al sistema mientras otros optaban por salir del país. Por si ello fuera poco, el 7 de octubre Gorbachov afirmó en Berlín Este que el respaldo soviético seguiría solamente en el caso de que la República Democrática abriera una vía reformista<sup>6</sup>. Reconocía públicamente que la RDA atravesaba una situación difícil, por

<sup>3</sup> Stefan Heym, escritor germanooriental crítico con el régimen, aunque luego diputado por el PDS, reflexionaba sobre lo ridícula que había resultado la crisis final de la RDA, precipitada no por grandes convulsiones, sino por el abandono masivo de sus habitantes. HEYM, S.: *Stalin verlässt den Raum*, Leipzig, Reclam, 1990, p. 271.

<sup>4</sup> Véase LINDNER, B.: *Die demokratische Revolution in der DDR 1989-1990*, Bonn, Bundeszentrale für politische Bildung, 1998, pp. 141-153.

<sup>5</sup> Véase POND, E.: *Beyond the Wall. Germany's Road to Unification*, Washington DC, The Brookings Institution, 1993, pp. 101-120. Para un seguimiento muy detallado de lo ocurrido día a día, véase LINKS, C., y BAHRMANN, H.: *Wir sind das Volk. Die DDR im Aufbruch: eine Chronik*, Berlín, Aufbau, 1990.

<sup>6</sup> Díez ESPINOSA, J. R., y MARTÍN DE LA GUARDIA, R.: *Historia Contemporánea de Alemania (1945-1995)*, Madrid, Síntesis, 1995, p. 256.

lo que convendría a sus dirigentes dar una respuesta adecuada a los problemas sin perder de vista las transformaciones globales que operaban en el mundo<sup>7</sup>.

En efecto, la pérdida de apoyo soviético era un hecho desde la llegada de Gorbachov a la Secretaría General del PCUS, puesto que su política transformadora no influyó de manera determinante en el comportamiento de los dirigentes del SED. Sucedió más bien al contrario: la incoación de expedientes y la expulsión de militantes del Partido aumentaron para tratar precisamente de atajar cualquier veleidad reformista. En 1988 fueron expulsados de la organización comunista más de cuatro mil militantes; al año siguiente, antes del 8 de noviembre, se habían dado de baja sesenta y seis mil afiliados<sup>8</sup>. En ese mismo año de 1988, también en noviembre, las autoridades germanorientales prohibieron el semanario *Sputnik*, que, editado en la Unión Soviética, había asumido la línea reformista propia de la *perestroika* y vendía la nada despreciable cifra de 200.000 ejemplares; en enero de 1989, en el colmo de la paradoja, las fuerzas policiales tuvieron que reprimir con violencia una manifestación que conmemoraba los asesinatos de los líderes espartaquistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y en la que se recordaban las palabras de aquella: «La libertad es la libertad de los que piensan de forma diferente». La legitimidad<sup>9</sup>, no ya del SED sino de la propia RDA por la inextricable unión Partido-Estado, que cobraba su sentido dentro del marco ideológico de referencia propiciado por la Unión Soviética, quedaba sensiblemente herida como consecuencia del nuevo rumbo político impuesto desde el Kremlin<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Véase «Mikhail Gorbachev on the 40<sup>th</sup> Anniversary of the GDR, 6 October 1989», en JARAUSCH, K. H., y GRANSOW, V. (eds.): *Uniting Germany. Documents and Debates 1944-1993*, Oxford, Berghahn Books, 1994, pp. 53-55.

<sup>8</sup> Véase BARKER, P.: «From the SED to the PDS: Continuity or Renewal?», en BARKER, P. (ed.): *The Party of Democratic Socialism in Germany. Modern Post-Communism or Nostalgic Populism?*, Amsterdam-Atlanta, Ga., Rodopi, 1998, p. 7.

<sup>9</sup> Entendemos aquí legitimidad como «la creencia de que, a pesar de insuficiencias y fracasos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras alternativas que pudieran establecerse y pueden por tanto demandar obediencia». LINZ, J. J.: «Legitimacy of Democracy and the Socioeconomic System», en DOGAN, M. (ed.): *Comparing Pluralist Democracies*, Boulder, Co., Westview Press, 1988, p. 65. Ésta y las demás traducciones son nuestras.

<sup>10</sup> Véase FULBROOK, M.: *Anatomy of a Dictatorship: Inside the GDR, 1949-1989*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 201-242.

Sin el amparo soviético y con una creciente oposición dentro del Politburó, el 18 de octubre de 1989 el pleno del Comité Central reemplazó en la Secretaría General del Partido al histórico dirigente Erich Honecker por Egon Krenz, de cincuenta y dos años, líder de la Juventud Alemana Libre (*Freie Deutsche Jugend*). La elección de Krenz para capitanear la democratización del partido no parecía la más oportuna, después de que acabara prácticamente de regresar a Berlín de su viaje a Pekín para mostrar el apoyo del gobierno comunista alemán al modo de las autoridades chinas de solucionar la revuelta de Tiananmen. Ciertamente el rechazo popular a la dirección del partido hacía difícil encontrar en aquellas circunstancias a una persona idónea para el cargo de secretario general; de hecho, la elección de Krenz, a pesar de su impecable historial en el Partido, fue una sorpresa ya que encarnaban mejor la actitud reformista algunos significados dirigentes como los Secretarios del SED en Dresde, Hans Modrow, y Berlín, Günter Schabowski.

### **Del SED al PDS: el Congreso extraordinario y la difícil adaptación a los nuevos tiempos**

La situación en la RDA era tan comprometida que a mediados de noviembre de 1989 la *Volkskammer* nombró jefe del gobierno precisamente a Modrow, que para llevar a cabo su labor incorporó a figuras relevantes de la oposición como Christa Luft en economía o Lothar De Maizière en asuntos religiosos. El programa democratizador presentado por el nuevo gabinete era mucho más concreto a la hora de anunciar reformas educativas y económicas que se pondrían en marcha antes incluso de la celebración de elecciones. Modrow presentó su gobierno «por la paz y el socialismo» y lo denominó «gobierno de coalición representativo de un nuevo concepto de alianza creativa»<sup>11</sup>. No obstante, las manifestaciones y marchas pacíficas, alentadas por el nuevo clima de libertad de expresión, continuaron ocupando las ciudades de la República Democrática en apoyo a las medidas democratizadoras y, pronto, también en apoyo de la unión con la República Federal.

<sup>11</sup> WINTERS, P. J.: «Ein neues Demokratiegefühl. Die Volkskammer ist nicht mehr sprachlos», *Deutschland Archiv*, 22 (1989), p. 1334.

El curso de los acontecimientos desbordó las previsiones del SED que, incapaz de reaccionar, se sumió en una crisis irreversible. El 1 de diciembre se abolió formalmente el principio constitucional del «papel dirigente» de la sociedad atribuido al partido comunista, que perdía así la hegemonía en la dirección y por tanto el control de la política germanooriental.

La aceleración de los acontecimientos marcó los meses siguientes tanto en la RDA como en el resto de las democracias populares. Aunque el cambio de talante en el órgano ejecutivo fuera un hecho constatado antes incluso de que el 9 de noviembre de 1989 se hiciera efectiva la decisión de abrir el muro de Berlín, la dimisión de todo el Politburó y la renuncia de Krenz a la Secretaría General durante la celebración del Congreso extraordinario (*Sonderparteitag*) del SED los días 8 y 9 de diciembre dejaron el paso libre a una transformación radical. En esta reunión la suerte del Partido parecía echada después de renunciar a su privilegiado estatus de *Staatspartei* de la República Democrática; sin embargo, el Congreso no anunció la disolución del Partido sino su reestructuración. De hecho, tanto desde el punto de vista de la legalidad existente como desde la perspectiva de su legitimidad de origen, cuando el SED pasa a denominarse *Partei des Demokratischen Sozialismus* el 4 de febrero de 1990 la línea de continuidad entre una y otra organización no llega a quebrarse.

El programa reformador vino de la mano de algunos intelectuales del SED críticos con un partido monolítico y vinculados a las discusiones sobre un *Sozialismustheorie-Projekt* debatido en la Universidad Humboldt de Berlín a finales de los años ochenta. Precisamente dos de sus mentores, Michael Brie y Dieter Klein, proporcionaron un bagaje teórico para esta renovación del discurso político en la presentación que hizo el segundo de ellos en este Congreso extraordinario, titulada *Neuformierung einer modernen sozialistischen Partei*, en la que expuso un concepto de partido fundamentado en una tercera vía con multitud de influencias de la izquierda europea. Profundamente democrático, estaría alejado tanto del partido único —burocratizado y apenas operativo— como de las organizaciones socialdemócratas —convertidas en simples máquinas electorales diseñadas para mantenerse en el poder—. Por otra parte, debería ser un partido abierto a los debates y al contacto y asimilación con otras fuerzas europeas de izquierda con trayectoria democrática, pero no por ello menos combativas dentro de las estructuras de los Estados capitalistas.

Por tanto, la nueva organización aceptaría las reglas de juego sin olvidar ni ocultar su voluntad «revolucionaria».

Sin duda, ni el estatuto provisional del SED-PDS de diciembre de 1989 ni el primer estatuto del PDS de 25 de febrero de 1990 guardarían fidelidad al último estatuto del SED, aprobado en 1976. El *Sonderparteitag* de diciembre de 1989 suprimió el Comité Central para sustituirlo por un *Parteivorstand*, un comité ejecutivo de 101 miembros (de los que sólo cuatro habían pertenecido al Comité Central anterior); por otra parte, un *Präsidium* de diez personas reemplazó al Politburó<sup>12</sup> a la vez que eliminó el principio de centralismo democrático para propiciar el debate interno y la confrontación de pareceres. Gracias a esta actitud más abierta comenzaron a surgir grupos organizados de distintas orientaciones tales como la *Kommunistische Plattform*, fundada el 30 de diciembre de 1989, de inspiración marxista-leninista y fiel al espíritu fundacional de la República Democrática, y la *Sozialdemokratische Plattform*, surgida diez días después.

Aunque, administrativamente, la RDA no reconocía los *Länder* históricos, el Partido adoptó un modelo organizativo de división en *Land* y *Bezirk* (estado y distrito) bajo el cual llegarían a existir más de cinco mil unidades de base (*Kreise*). En cada *Bezirk* el Partido funcionaría con una independencia de criterio amplia, consentida por la dirección federal. De hecho, el *Vorstand* estaría controlado desde el principio por los grupos de reformistas, que también lograrían imponer sus candidatos a las listas de los comicios inminentes, así como mantener en las distintas direcciones locales a militantes próximos a esta corriente.

Con todo, las cosas no habían estado tan claras cuando el Comité Central del SED había convocado el *Sonderparteitag* para debatir el futuro del Partido. Como se ha puesto acertadamente de manifiesto, los congresos extraordinarios de los partidos comunistas hegemónicos en el Este de Europa celebrados en el otoño e invierno de 1989-1990 fueron momentos determinantes para la vida futura de los partidos sucesores. Las decisiones más importantes y el acceso a puestos de responsabilidad de militantes desconocidos por el resto de la población fueron hechos consumados en aquellas reuniones<sup>13</sup>, aunque en

<sup>12</sup> Véase «Statut der SED-PDS», *Deutschland Archiv*, 2 (1990), pp. 309-312.

<sup>13</sup> GRZYMALA-BUSSE, A. G.: *Redeeming the Communist Past. The Regeneration of Communist Parties in East-Central Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 81.



el caso alemán algunas de las figuras más destacadas eran firmes partidarias de no disolver la organización. Entre ellas, Hans Modrow y Wolfgang Berghofer apostaron por mantenerlo aunque bajo un nombre nuevo. Las circunstancias favorecían una decisión radical, pero convenía reflexionar con más calma sobre las desastrosas consecuencias que, en su opinión, conllevaría el dar por concluida la trayectoria del Partido. Muchos militantes estaban perplejos por los acontecimientos desarrollados en tan poco tiempo y no sabían cómo reaccionar; la organización comunista podría proporcionarles sosiego y acogida. Gysi esgrimía el previsible vacío de poder si desaparecía el SED: «¿Qué derecho tenemos para privarnos de una patria política? Además, de hacerlo así, se crearía en nuestro país un vacío político que nadie podría llenar y que agravaría la crisis con consecuencias imprevisibles»<sup>14</sup>.

Pocas veces en la historia de la posguerra ha llegado un partido a depender tanto del atractivo de un líder para los votantes<sup>15</sup>: hasta su retirada de la vida política activa en la primavera de 2000, Gregor Gysi fue la cara visible del PDS<sup>16</sup>. Gysi militaba en el SED pero no había desempeñado puestos de importancia dentro de la organización. En realidad, era conocido dentro de los círculos de poder porque en el ejercicio de la abogacía había defendido a disidentes políticos como Rudolf Bahro y Barbel Böhley, aunque su lealtad a las instituciones del régimen comunista le había proporcionado la presidencia del Colegio de Abogados del país en 1988. Ciertamente su elección como presidente del SED con el 95,3 por 100 de los votos en diciembre de 1989, el peor momento de la crisis interna del Partido y del Estado germanooriental, sorprendió a los militantes más veteranos, pues para ellos era un perfecto desconocido<sup>17</sup>. Desde

<sup>14</sup> «Mit welchem Recht sollten wir uns alle einer politischen Heimat berauben. Ausserdem entstünde in unserem Land ein politisches Vakuum, das niemand ausfüllen kann und das die Krise mit unabsehbaren Folgen verschärfen würde». *Neues Deutschland*, 9-10 de diciembre de 1989. Las fuentes para todas estas observaciones están extraídas de los documentos compilados en BEHREND, M., y MAIER, H. (eds.): *Der schwere Weg der Erneuerung - Von der SED zur PDS. Eine Dokumentation*, Berlín, Dietz, 1991.

<sup>15</sup> THOMPSON, W. C.: «The Party of Democratic Socialism in the New Germany», *Communist and Post-Communist Studies*, 29, 4 (1996), p. 450.

<sup>16</sup> Sus datos biográficos aparecen en [www.pds-online.de](http://www.pds-online.de).

<sup>17</sup> GLAESSNER, G.-J.: *The Unification Process in Germany: from Dictatorship to Democracy*, Londres, Pinter, 1992, p. 50.

su elección como miembro del Politburó en el Congreso extraordinario de diciembre de 1989 había sido partidario no de disolver la organización, sino de proceder a una importante remodelación interna. Alzándose sobre las voces que reclamaban poner punto final a la trayectoria del SED, su posición resultaría decisiva para neutralizar esta tendencia y lograr el cambio de denominación a SED-PDS una semana después del Congreso.

Desde ese momento, su objetivo fue de claridad meridiana: transformar el Partido para que, sin perder las raíces socialistas y el sentimiento de pertenencia a la República Democrática, pudiera competir con las alternativas políticas que estaban fraguándose, utilizando para ello los recursos electorales, las estrategias de campaña y las formas de actuación más avanzadas del marketing político. Pronto mostró buenas cualidades para la comunicación social; no desdeñó participar en ningún foro televisivo o radiofónico que se prestara a escuchar sus comentarios irónicos sobre la realidad alemana; y su capacidad para polemizar y su indudable carisma como *enfant terrible* de la política se reflejaron en su aparición televisiva en un anuncio electoral montado en moto y vestido de negro mientras sonaba la canción *Born to be Wild*<sup>18</sup>.

Gysi era un ejemplo bastante paradigmático de la nueva elite del PDS, no tanto por sus aptitudes y singularidad dentro del panorama político alemán como por su procedencia. En efecto, la inmensa mayoría de los integrantes del Partido había figurado antes en el SED (el 98 por 100 en 1990) y entre ellos, desde luego, los dirigentes del PDS; en cambio, salvo escasísimas excepciones —por ejemplo, Modrow—, todos habían sido militantes de base y, particularmente, cuadros medios tanto del Partido como de la administración del Estado. De hecho, igual que en los demás partidos comunistas de la Europa del Este, la caída del número de militantes fue espectacular en aquellos primeros momentos. A pesar de que la división por grupos sociales está poco definida en las tablas proporcionadas por el SED, observamos la brusca salida de los «obreros» del SED-PDS: entre octubre de 1989 y enero de 1990 abandonaron el Partido 460.000 de sus 900.000 «obreros»<sup>19</sup>. De tener 2,8 millones de afiliados en

<sup>18</sup> MINNERUP, G.: «German Communism, the PDS, and the Reunification of Germany», en BULL, M. J., y HEYWOOD, P. (eds.): *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*, Basingstoke, St. Martin's Press, 1994, p. 189.

<sup>19</sup> SUCKUT, S., y STARITZ, D.: «Alte Heimat oder neue Linke? Das SED-Erbe und die PDS-Erben», *Deutschland Archiv*, 10 (1991), p. 1046.

otoño de 1989 el Partido pasó a 350.000 en junio de 1990<sup>20</sup>. En junio de 1991 veía menguadas sus filas hasta los 242.000 miembros, de los cuales casi el 48 por 100 eran mayores de sesenta y un años y sólo el 10,5 menores de treinta<sup>21</sup>. En definitiva, entre diciembre de 1989 y febrero de 1990 más de un millón de afiliados rompieron el carnet del SED, cuyo número de militantes (ahora ya en el PDS) descendió gradualmente hasta unos 130.000 a finales de 1993 y a 123.000 a la altura del Congreso celebrado en enero de 1995<sup>22</sup>. Los datos ofrecidos por el Partido avalan este envejecimiento: en 1989 un 56 por 100 de los militantes del SED era menor de cincuenta años; en 1991, ya en el PDS, el porcentaje había descendido al 39 por 100<sup>23</sup>.

En su discurso al Congreso extraordinario el 8 de diciembre, Gysi habló de una «ruptura radical con el socialismo estalinista, es decir, burocrático y centralista»<sup>24</sup>. El nuevo socialismo propugnado por el Partido, tras reconocer el descrédito del concepto después de 1989, apeló en el programa y estatuto de 1990 a una nueva vía democrática cuyo objetivo fuera combatir «toda forma de nacionalismo, de fascismo, racismo, chauvinismo, xenofobia, antisemitismo, estalinismo y cualquier otra manera de atentar contra la dignidad humana [...] [combatir] estructuras de poder totalitario y monopolístico, así como de centralismo burocrático y dogmatismo»<sup>25</sup>. Por consiguiente, el Partido abogaba por la discrepancia de opiniones dentro de la organización y rompía así con el monopolio de la verdad que había detentado el SED.

La capacidad de convicción de Gysi, junto al hecho de rodearse de los líderes menos desprestigiados del SED, dio pocas opciones a la denominada Plattform WF surgida en Berlín, cuyo objetivo era disolver el Partido. Thomas Falkner, activo representante de esta

<sup>20</sup> GERNER, M.: *Partei ohne Zukunft? Von der SED zur PDS*, Múnich, Tilsner, 1994, p. 113.

<sup>21</sup> SUCKUT, S., y STARITZ, D.: «Alte Heimat...», *op. cit.*, p. 1046.

<sup>22</sup> MOREAU, P., y NEU, V.: *Die PDS zwischen Linksextremismus und Linkspopulismus*, St. Augustin, Konrad Adenauer Stiftung, Interne Studien núm. 76 (1994), p. 14.

<sup>23</sup> WITTICH, D.: «Mitglieder und Wähler der PDS», en BRIE, M.; HERZIG, M., y KOCH, T. (eds.): *Die PDS. Empirische Befunde und Kontroverse Analysen*, Colonia, Papyrossa Verlag, 1995, p. 61, tabla 1.

<sup>24</sup> BEHEREND, M., y MAIER, H. (eds.): *Der schwere...*, *op. cit.*, p. 261.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 329-335.

corriente que aspiraba a transformar el SED en un partido socialista, no dudó en acusar a Modrow, Gysi y Berghofer, principales dirigentes de la organización en aquellos momentos difíciles, de obstaculizar su opción<sup>26</sup>. Según estos últimos, la autodisolución dejaría completamente huérfanos a quienes en las últimas semanas habían pugnado por mantenerse dentro de la organización, además de dejar, como ya hemos visto, un vacío en la ideología y en la práctica política que el SED quería desarrollar y que a la postre ocuparían otros partidos, para acabar por excluirlo de las conversaciones de la mesa redonda sobre el futuro del país. Gysi pensaba que la fuerza de la organización podría ser todavía decisiva en un futuro gobierno y, por supuesto, en las negociaciones con los grupos opositores dentro de esa «mesa redonda» que acababa de crearse, y propuso la nueva denominación, SED-PDS, para evitar conflictos tanto con los sectores menos receptivos al cambio como con quienes pretendían una transformación de mayor envergadura. Por otra parte, la continuidad del Partido le permitía seguir manejando los recursos económicos, inmuebles y distintos bienes propiedad del SED, elemento decisivo si el Partido pretendía desempeñar un papel trascendental en la evolución de la RDA.

El 4 de enero de 1990, el SED-PDS y otros grupos sociales y políticos vinculados al antiguo régimen, con el soporte ideológico de algunos intelectuales germanoorientales, lograron convocar a unas doscientas cincuenta mil personas en una marcha a Treptow. Las fuerzas más reacias a los cambios —sobre todo, al proceso unificador— utilizaban así las mismas armas que sus oponentes: las manifestaciones masivas. En su discurso Gysi trajo a colación todos los viejos fantasmas del pasado alemán: la vuelta al nazismo, la pérdida de la identidad personal y de la solidaridad de clase en el sistema capitalista, el peligro de perder las conquistas sociales de la RDA... Precisamente la sesión de la Volkskammer de siete días después dejó en entredicho el futuro de tales conquistas: Modrow expuso con claridad y contundencia la catástrofe del sistema planificador en el país.

A partir de entonces, comenzaron a constituirse, dentro de la estructura del SED-PDS, los ya citados grupos de opinión organizados, críticos en general con los derroteros que tomaba —o mejor

<sup>26</sup> Véase FALKNER, T.: «Vor der SED zur PDS. Weitere Gedanken eines Beteiligten», *Deutschland Archiv*, 1 (1991), pp. 30-51.

que no tomaba— el partido. Durante las semanas siguientes creció el descontento popular y el partido heredero del SED fue uno de los blancos más frecuentes: las críticas identificaban a los sectores menos reformistas con quienes ostentaban el poder en el gobierno de Modrow. El 18 de enero, diversas plataformas y militantes se reunieron para exigir, o bien una reforma real del Partido, o su disolución definitiva. Por su parte, los defensores de mantenerlo vivo también organizaron grupos de apoyo por todo el país, los denominados *Initiativgruppen PDS*, cuyos planteamientos eran favorables a renovar las anquilosadas estructuras.

La reacción de la dirección del SED-PDS fue fulminante. El 20 de enero el comité ejecutivo votó en contra de la disolución después de aprobar un proyecto detallado para reformar los programas, la estrategia e incluso la militancia: fueron depurados aquellos miembros del antiguo SED a quienes se atribuían posiciones inmovilistas y actitudes contrarias a la renovación; fruto de este acuerdo fue la expulsión de Egon Krenz y Günter Schabowski, entre otros. Para evitar mayores reticencias, el comité recomendaba el cambio de nombre a PDS: el 4 de febrero, antes incluso de la reunión del *Parteitag* prevista para finales de ese mes, el comité ejecutivo asumió oficialmente el cambio de denominación<sup>27</sup>. Además, el Partido traspasaba al Estado parte de sus propiedades sin dejar de insistir en que, en la medida de lo posible, se conservaran formas de propiedad colectiva.

El profesor de estudios germánicos de la Universidad de Reading Peter Barker da una enorme importancia a estos últimos hechos, ya que pusieron fin a la sensación de provisionalidad en la que se movía el Partido al lograr acallar las voces favorables a su disolución: «Ahora se podía concentrar en establecer los principios programáticos fundamentales, en buena medida olvidados en el fragor de la lucha por la supervivencia, pero necesarios para competir en las elecciones de marzo a la *Volkskammer*»<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> Sobre estas intensas jornadas de enero y febrero de 1990, véase WELZEL, C.: *Von der SED zur PDS: eine doktrinegebundene Staatspartei auf dem Weg zu einer politischen Partei im Konkurrenzsystem?: Mai 1989 bis April 1990*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1992, pp. 20-32.

<sup>28</sup> BARKER, P.: «From the SED...», *op. cit.*, p. 5.

### El PDS ante las últimas elecciones a la *Volkskammer* de la RDA

Durante el primer *Parteitag* del PDS, los días 24 y 25 de febrero de 1990, se aprobó el estatuto del Partido, que mantenía el contenido reformista del anterior y proponía la democratización interna<sup>29</sup>. Así, la importancia del militante individual se vio reforzada con la elección de delegados para los *Parteitage*, así como con la introducción de una cláusula que permitía la convocatoria extraordinaria de un Congreso si así lo dictaba una cuarta parte de los miembros o de los comités ejecutivos del *Land*, *Bezirk* y *Kreis* (las tres instancias de estado, distrito o localidad). Las diferentes vías, abiertas para que los afiliados individuales o los grupos organizados (*Interessen- und Arbeitsgemeinschaften*) participasen directamente en los debates internos e influyeran en la toma de decisiones, querían romper la imagen de un partido monolítico y anquilosado e incluso situarlo en la vanguardia de los movimientos políticos de izquierda. En un intento de atraer nuevos militantes, la apertura a la nueva realidad poscomunista se reflejaba en el sutil cambio de las bases ideológicas. Si en el estatuto provisional de 1989 el partido era «socialista marxista», pero con una impronta leninista reconocida expresamente, en 1990 la raíz marxista del partido era compartida con el «humanismo» y el «pacifismo», y Lenin quedaba fuera de las referencias de este nuevo estatuto. Por supuesto, ni en uno ni en otro se analizaban en profundidad los vínculos con el SED, cuestión espinosa por el traspaso de militantes de éste al PDS, como ya hemos visto, y por la carga negativa que en aquellos meses pesaba sobre el antiguo partido único. Un cambio sustancial era la definición del PDS como «*eine sozialistische Partei auf deutschem Boden*», es decir, el reconocimiento explícito de la reunificación alemana como un hecho que parecía ya incontrovertible. A partir de ese momento, y con todas las prevenciones que se quisieran introducir, el Partido iniciaba un penoso camino para establecerse a lo largo y ancho de la geografía alemana.

En definitiva, el pragmatismo triunfó en aquellos meses de incertidumbre. No era momento oportuno para reflexionar hondamente sobre el fracaso de la República Democrática o la relación de la

<sup>29</sup> El texto en Gysi, G. (ed.): *Wir brauchen einen Dritten Weg*, Hamburgo, Konkret Literatur, 1990, pp. 151-160.

sociedad germanooriental con la Stasi ni para hacer autocrítica de la labor desarrollada en el SED. Durante aquellos meses finales de 1989 y primeros de 1990 estaba en juego la continuidad del Partido y su participación inmediata en unas elecciones en las que no partía precisamente como favorito. Las consecuencias eran evidentes: no había tiempo para grandes debates, sino para aceptar la realidad y tratar de desempeñar el nuevo papel que la sociedad le otorgara.

Por tanto, la proximidad de las elecciones a la Volkskammer de marzo de 1990 y, después, la preparación de los primeros comicios pangermanos al Bundestag ocuparon el tiempo de los dirigentes del PDS y pospusieron el debate ideológico. En el caso de las primeras, la coalición Alianza por Alemania, encabezada por los cristianodemócratas de De Maizière, obtuvo una rotunda victoria al alcanzar el 40 por 100 de los votos, seguida de los socialdemócratas del SPD con algo más del 21 por 100. Los liberales lograron un 6 por 100, mientras la gran sorpresa fue que Alianza 90, donde se encontraban los principales líderes del *Bürgerbewegung*, sólo pudieron conseguir el apoyo del 2,9 por 100 de los electores.

Las elecciones de marzo fueron el mejor termómetro para demostrar la capacidad de supervivencia del PDS, que obtuvo un 16,4 por 100 de los votos. La cifra no es nada desdeñable, dadas no sólo sus dificultades internas, sino la campaña completamente hostil, en la que el resto de formaciones lo identificaron con el aparato represivo del SED y con la siniestra Stasi. A decir verdad, el PDS era indudablemente el heredero del SED, pero no era el SED. En cuatro meses había dejado su lugar central en la organización de la vida política en la República Democrática: tan sólo era la tercera fuerza más votada, había perdido un millón de militantes y se veía obligado a aceptar la unificación.

Una vez superadas las primeras elecciones, el encuentro con la historia inmediata era inevitable. Gysi expresaba con rotundidad que la forma que adoptase el PDS para abordar la herencia histórica permitiría evaluar el «proceso de renovación» en marcha: «El trato que se dé al peso del legado y a la historia del SED sirve como prueba y medida del proceso de renovación y de la naturaleza del PDS»<sup>30</sup>. Muy pronto, en junio de 1990, a instancias de Gysi, comenzó

<sup>30</sup> «Umgang mit der historischen Hinterlassenschaft der SED und mit ihrer Geschichte ist Ausweis und Gradmesser für den Erneuerungsprozess und den Charakter der PDS» (*Ibid.*, p. 210).

a funcionar un comité de historiadores, próximos a las tesis defendidas por el nuevo partido, para organizar coloquios y coordinar investigaciones sobre el pasado reciente de la República Democrática; la revista *Controvers*, editada a partir del otoño de aquel año, canalizaría algunos de estos debates.

Aun negándose a trazar una línea de separación nítida con el pasado, el programa de 1990 distinguió entre la nueva organización y el antiguo partido único. Los dirigentes eran conscientes del enorme atractivo de la unificación, por lo que no hicieron una declaración expresa de que aceptaran sin más toda la herencia de la República Democrática. Quizá la mayor concesión al nuevo orden alemán fuera el reconocimiento explícito de la economía social de mercado, aunque matizada por los valores socialistas, unos valores que no estaban inspirados en las democracias populares fenecidas, sino que conformaban «el sueño de una sociedad justa, unida, pacífica, humana, ecológica y democrática, sin guerra, hambre ni miseria, en la cual cada persona tendrá la oportunidad de desarrollar sus capacidades y satisfacer sus necesidades»<sup>31</sup>. Si bien es cierto que rechazaba el autoritarismo político y el dogmatismo económico de la RDA, no lo es menos que apostaba por mantener las políticas de bienestar social de aquel país ya extinto. Aunque reconocía la debilidad intensa de la economía germanooriental, afirmaba con rotundidad que el fiasco final se había producido por la acción de «fuerzas externas». No cabe duda de que en estos primeros tiempos la nostalgia era un estímulo para los votantes del PDS, la mayoría de los cuales encontraba más ventajas que inconvenientes en el régimen comunista<sup>32</sup>, y por ello mismo convenía no renunciar de forma tajante a los vínculos con el pasado. Teniendo en cuenta que la mayor parte de los militantes del Partido era de edad madura —en junio de 1991, por ejemplo, el 48 por 100 de los 242.000 miembros eran mayores de sesenta y un años—<sup>33</sup>, era lógico que, en los primeros momentos, la base social más importante de la organización buscara en ella un refugio para proteger su idiosincrasia de la avalancha occidental.

Por tanto, desde el comienzo de su liderazgo, Gysi pugnó por acometer si no una revolución ideológica, sí al menos una adaptación

<sup>31</sup> *Ibid.*, pp. 9-10.

<sup>32</sup> WILKE, M.: «Die Post-Kommunisten und die deutsche Demokratie», *German Studies Review*, XX, 2 (1997), p. 294.

<sup>33</sup> SUCKUT, S., y STARITZ, D.: «Alte Heimat oder neue Linke? Das SED-Erbe und die PDS-Erben», *Deutschland Archiv*, 10 (1991), p. 1046.



estratégica a los nuevos tiempos. Surgieron así en la organización los problemas de identidad que la van a acompañar a lo largo de su trayectoria: por una parte, la necesidad de mirar hacia el pasado, de analizar críticamente la vida política y socioeconómica de la República Democrática, pero con el objetivo de recordar sus aspiraciones logradas, los aspectos positivos; por otra, sobre esta base, construir un discurso ideológico mezcla de componentes socialdemócratas, ecologistas, feministas, atravesado en su integridad por un lenguaje en ocasiones muy radical, de lucha revolucionaria contra el sistema capitalista representado por la República Federal. Antes de las elecciones a la Volkskammer del 18 de marzo de 1990 el rechazo frontal a la unificación defendido por el Partido había parecido conducirle a un callejón sin salida; pese a haber intentado acercarse a movimientos que se oponían a la forma prevista para la unificación (tales como *Neues Forum* o *Demokratie Jetzt*), la respuesta de estos grupos forjados en la disidencia germanooriental había sido rotundamente negativa. Ahora, la victoria de la CDU dejaba el camino expedito para una unión rápida, y el PDS se volcó en encontrar a quienes pudieran formar parte del partido en los *Länder* occidentales con la vista puesta en las primeras elecciones generales, cuya celebración se fijó para el mes de diciembre.

El 4 de abril de 1990 quedaba constituido el nuevo gobierno de la República Democrática de Alemania, encabezado por Lothar De Maizière, el líder cristianodemócrata. No duró mucho tiempo este gobierno de coalición entre la CDU, el SPD, los Liberales y dos pequeñas organizaciones conservadoras, pero allanó el camino a una unificación rápida de las dos Alemanias. Ya antes de las elecciones de marzo habían mostrado claramente las encuestas que una amplia mayoría (más del 90 por 100 de la población) estaba de acuerdo con la reunificación, al margen del partido político que dijera votar<sup>34</sup>, incluso cuando se trataba de los que tenían intención de apoyar al PDS (de éstos, un 70 por 100)<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> MERKL, P. H.: *German Reunification in the European Context*, University Park, Pa., Pennsylvania State University, 1993, p. 133.

<sup>35</sup> KIELMANSEGG, P. G.: «Vereinigung ohne Legitimität?», *Merkur*, 532 (1993), p. 562.

### Las primeras elecciones pangermanas: la prueba de fuego

De este modo fueron sucediéndose los pasos hacia la unificación. El 18 de marzo de 1990 se firmó el Tratado Interestatal de Unión Monetaria, Económica y Social entre las dos repúblicas. El *Bundesbank* se convertía en el único banco emisor de ambos Estados y el marco occidental circularía como moneda única a partir del 1 de julio. El 31 de agosto se rubricaba en Berlín el Tratado de Unificación (*Einigungsvertrag*) y el 3 de octubre nacía la nueva República Federal.

Las primeras elecciones generales del país, celebradas el 2 de diciembre de 1990, no depararon sorpresas respecto a las fuerzas vencedoras. El 54 por 100 de los votos fue a parar a las candidaturas de la CDU y de la FDP. En cambio, el SPD cosechó los peores resultados de su historia desde 1959 y no llegó al 34 por 100 de los sufragios. Con todo, la suma de votos de los tres principales partidos políticos que habían apostado claramente por la unidad se acercaba al 90 por 100. El resultado demostraba, una vez más, que en los países de la Europa del Este que comenzaban su transición a la democracia, los votantes apostaban por fuerzas políticas consolidadas o por aquellas de reciente creación cuyos programas políticos defendían la democracia liberal y la economía de mercado. Los ciudadanos trataban de buscar una opción con garantías y de reducir al máximo la incertidumbre<sup>36</sup>.

Las circunstancias en las que el partido poscomunista alemán afrontó sus primeras elecciones en todo el territorio unificado lo convierten en un caso excepcional dentro de la antigua Europa socialista. En efecto, al incorporarse la RDA a un sistema político ya establecido, se encontró con que el espacio electoral de los estados occidentales estaba copado; sólo el atractivo personal de Gysi logró finalmente constituir un PDS/Linke Liste con grupos de extrema izquierda o antiguos miembros del ala izquierda de los Verdes. Desde luego, fue la decisión más apropiada para consolidar una alternativa electoral al menos viable cuando la inmensa mayoría de la población occidental identificaba al PDS con lo peor del régimen de la DDR. El nulo impacto electoral convenció a Gysi de que si el Partido

<sup>36</sup> MARTÍN DE LA GUARDIA, R.: «Singularidad y regularidad de las transiciones a la democracia en Europa del Este», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), p. 210.

quería subsistir la prioridad era fortalecer su posición en los antiguos territorios de la República Democrática, donde había obtenido la mayoría de los votos. En efecto, el PDS recibió un magro 0,3 por 100 en los *Länder* occidentales, pero logró más del 11 por 100 en la antigua República Democrática (véase tabla 1). En estas primeras elecciones pangermanas al Bundestag no rigió la cláusula de la ley electoral según la cual un partido tiene que superar la barrera del 5 por 100 del total del voto para acceder al Parlamento; gracias a esta circunstancia el PDS obtuvo representantes en la Cámara de Bonn.

**Tabla 1**  
**Resultados de las elecciones federales**  
**en Alemania Oriental y Occidental, 1990-1998 (porcentajes)**

		1990	1994	1998 <sup>d</sup>	1998-1990 <sup>e</sup>	1998-1994 <sup>f</sup>
CDU/CSU <sup>a</sup>	Oeste	44,3	42,1	37,1	- 7,2	- 5,0
	Este <sup>c</sup>	41,8	38,5	27,3	- 14,5	- 11,2
SPD	Oeste	35,7	37,5	42,3	+ 6,6	+ 4,8
	Este	24,3	31,5	35,1	+ 10,8	+ 3,6
FDP	Oeste	10,6	7,7	7,0	- 3,6	- 0,7
	Este	12,9	3,5	3,3	- 9,6	- 0,2
A90/G	Oeste	4,8	7,9	7,3	+ 2,5	- 0,6
	Este	6,9	4,3	4,1	- 2,2	- 0,2
PDS	Oeste	0,3	1,0	1,2	+ 0,9	+ 0,2
	Este	11,1	19,8	21,6	+ 10,5	+ 1,8
EXR <sup>b</sup>	Oeste	2,6	2,0	2,8	+ 0,2	+ 0,8
	Este	1,6	1,2	5,0	+ 3,4	+ 3,8

a En Alemania Oriental sólo CDU.

b Partidos de la extrema derecha, 1990: REP; 1994: REP; 1998: DVU, NPD, REP.

c Alemania Occidental incluye Berlín Oeste; Alemania Oriental, Berlín Este.

d Resultados oficiales preliminares.

e Variación en porcentajes de 1998 respecto a 1990.

f Variación en porcentajes de 1998 respecto a 1994.

Fuente: STÖSS, R., y NEUGEBAUER, G.: «Die SPD und die Bundestagswahl 1998», artículo inédito, Universidad Libre de Berlín, tabla 5, 19 (cfr. <http://www.sowifo.fuberlin.de>).

Los discretos resultados de las elecciones a la Volkskammer en marzo de 1990 habían reflejado los problemas del Partido al lograr un 16,4 por 100 de los votos en todo el territorio germano-oriental, del que resaltaba el 30,2 por 100 obtenido en la capital. La confianza electoral mermó aún más en las primeras elecciones generales de la nueva Alemania al perder votos en todos los *Länder* orientales, incluso en el que ya comenzaba a ser su bastión, Berlín Este: sólo pudo cosechar un 10 por 100 en todo el territorio reunificado.

### Los retos de un partido transformado

Durante el periodo comprendido entre la unificación y el año «super electoral» de 1994, a pesar de sus esfuerzos, el Partido no logró resolver —ni ha resuelto todavía— su problemática relación con la República Democrática. Incluso en cuestiones aisladas, pero muy significativas, el peso del pasado caía como una losa sobre la interpretación oficial que la organización hacía de determinados acontecimientos. El conato de golpe de Estado de agosto de 1991 en la Unión Soviética suscitó los elogios del periódico oficial, *Neues Deutschland*, así como de la propia dirección del PDS a través de comentarios publicados en *Der Spiegel* donde aludía a la intención del comité de emergencia presidido por Yanaev de «prevenir al país del riesgo de caer en la violencia, el caos, el hambre y la ausencia de la ley»<sup>37</sup>.

La relación de los militantes con la Stasi fue ya desde estos primeros momentos una cuestión recurrente y constante en el discurso del resto de partidos alemanes —sobre todo de la CDU— para deslegitimar al PDS ante la población. Bien es cierto que la temida Policía de Seguridad del Estado extendía su radio de acción entre todos los sectores sociales (incluida la disidencia) y no eximía de su responsabilidad a los miembros del PDS; sin embargo, sería en todo caso una responsabilidad compartida con las figuras prominentes de las demás organizaciones políticas cuya vinculación al aparato represivo de la República Democrática se había demostrado poco después de la reunificación. Los ejemplos de Ibrahim Böhme —líder del SPD reformado en el este de Alemania— o de Lothar de Maizière —máximo dirigente de la CDU en aquella zona— hablan por sí

<sup>37</sup> *Der Spiegel*, 26 de agosto de 1991, pp. 28-29.

solos, pues ambos tuvieron que dimitir de sus cargos por su probada colaboración con la Stasi.

Con todo, el verdadero problema para el PDS sería que una parte importante de la sociedad, alimentada por las sucesivas campañas de desprestigio orquestadas por la CDU, identificaba en esencia al PDS con la Stasi y la represión, mácula imposible de limpiar por el momento. El Partido afrontó pronto este problema, consciente de que era un eslabón débil en su organización, fácil blanco del ataque del resto de fuerzas políticas. En el Congreso de junio de 1991 se acordó pedir responsabilidades a cualquier militante que hubiera tenido relación con la policía secreta, así como la dimisión inmediata en el caso de que formaran parte de algún órgano representativo del Partido. Las críticas de sus afiliados fueron de tal envergadura que en junio de 1993 hubo que cambiar de tono: sólo se exigiría la dimisión de la persona implicada si hubiera perdido la confianza del órgano que representara<sup>38</sup>. Desde entonces en nada ha variado la afirmación de que «no tenemos respuesta para numerosas cuestiones concernientes a nuestra propia historia», recogida en el preámbulo del programa del Partido de 1993, y vigente todavía hoy.

En efecto, el programa de 1993 profundizaba en la noción de socialismo como definitoria del Partido. Si en 1990, ante la expectativa de la unificación, se había producido una aceptación matizada de la economía social de mercado, la situación tres años después era muy distinta. El cierre de empresas, el aumento del paro, la creciente desilusión de los ciudadanos del Este por las primeras consecuencias de la unificación, facilitaron una toma de posición más explícita. Las críticas al capitalismo, a los oligopolios, a las grandes potencias beneficiarias del reparto desigual de los recursos fueron recibidas con entusiasmo a la vez que se apelaba a la construcción paulatina de un orden social más democrático. El programa defendía «el sistema de valores del socialismo» aunque, dado que el socialismo estaba desacreditado, como había reconocido en 1989 André Brie, uno de los dirigentes más pragmáticos del Partido<sup>39</sup>, dicho sistema sería reformulado en la práctica política<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> El texto está recogido en MOREAU, P.; LANG, J., y NEU, V.: *Was will die PDS?*, Frankfurt am Main, Ullstein, 1994, pp. 134-137.

<sup>39</sup> BRIE, A.: *Ich tauche nicht ab. Selbstzeugnisse und Reflexionen*, Berlín, Edition Ost, 1996, p. 153.

<sup>40</sup> Por el contrario, Sahra Wagenknecht, líder de la Plataforma Comunista, siem-

## Recapitulación final

En el proceso de transición en el que la República Democrática estaba inmersa, los militantes más conscientes del SED se dieron cuenta de que sus opciones pasaban en aquel momento por integrar a quienes de una u otra forma pensaban en la posibilidad de salvar algo de la experiencia socialista y por representar los intereses de sectores sociales fieles a la idiosincrasia germanooriental. La «tercera vía» que comenzaban a propugnar sus líderes, un socialismo heredero pero transformado, distinto de la «domesticada» socialdemocracia occidental, no pasaba de ser una vaga apelación a adecuar el discurso del SED-PDS o del PDS a los nuevos derroteros de la Alemania unida. En definitiva, en estos primeros tiempos el Partido necesitaba continuar formando parte de las referencias positivas de un sector de la población para evitar que se dispersara en otras formaciones de izquierda cuyo bagaje doctrinal y programático no tuviera ya vínculos con la Alemania Democrática. De esta forma el PDS constituiría algo similar a un partido *catch-all*<sup>41</sup>: trataba, en primer lugar, de convencer a los «perdedores de la Unificación» (*Einheitsverlierer*), aquellas personas incapaces de adaptarse en poco tiempo a un cambio tan rápido y profundo. Este sentimiento de exclusión era alimentado por el PDS, para quien la identidad germanooriental debía servir de muro de contención a la «occidentalización» emprendida por las autoridades de la nueva República Federal. Sin embargo, en segundo lugar, no podía concebir un futuro a medio plazo que se sustentase sólo sobre este tipo de votante nostálgico y crítico con el nuevo Estado. Por esta razón, jugaba con la idea de una izquierda reivindicativa, radical en no pocas ocasiones, capaz de recuperar en su programa los contenidos propiamente socialistas, descuidados por

---

pre ha insistido en que «se diga lo que se diga, de manera justificada o injustificada, contra la época estalinista, sus resultados no fueron la decadencia ni la descomposición, sino la transformación de un país retrasado desde hacía siglos en una potencia mundial». Cit. en DITFURTH, C. von: *Ostalgie oder linke Alternative. Meine Reise durch die PDS*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1998, p. 33.

<sup>41</sup> WITTICH, D.: «Sozialstruktur von PDS-Mitgliedern», en NIEDERMEYER, O., y STÖSS, R. (eds.): *Parteien und Wähler im Umbruch. Parteiensystem und Wählerverhalten in der ehemaligen DDR und den neuen Bundesländern*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1994, p. 233.

el SPD y los Verdes. Su objetivo era ganar predicamento entre la juventud disconforme y las clases profesionales de corte progresista.

La recuperación de los derechos fundamentales, el contacto con el «paraíso occidental», el aumento espectacular de las posibilidades de consumo y la apertura a nuevas realidades facilitaron a la CDU, considerada el gran apoyo a la unificación rápida, el acceso al gobierno en los nuevos territorios. Así, al menos hasta 1992, un sentimiento generalizado de entusiasmo embargó a la población del Este y se reflejó tanto en los magros resultados del PDS como en la ostensible reducción de su militancia en comparación con la del SED. Sin embargo, ya durante 1993 y 1994 la integración alemana comienza a resentirse de la traumática implantación de la economía de mercado en los *Länder* orientales. Según datos oficiales, los cálculos hablan de que entre 1989 y 1995 el ajuste estructural y la privatización de la economía socializada hicieron desaparecer el 40 por 100 de los puestos de trabajo: el «paraíso occidental» sufrió un duro golpe, puesto que la unidad económica repercutió en el desempleo, sobre todo entre mujeres y jóvenes<sup>42</sup>. Por ejemplo, una encuesta realizada entre 1991 y 1992 arrojaba un significativo dato: el 75 por 100 de la fuerza laboral en el Este había dejado o cambiado su puesto de trabajo, en muchos de los casos a uno de inferior categoría<sup>43</sup>.

Estas negativas consecuencias económicas influyeron de forma determinante en el crecimiento de un voto desencantado, de protesta ante la pérdida de expectativas. Los ciudadanos del Este alemán percibieron en el nuevo modelo cultural y político un sello exclusivamente occidental y reaccionaron ante él con un cierto sentimiento de nostalgia de su pasado reciente, buscando sitio en el marco federal a través de la recuperación de su identidad perdida. Fue un cambio decisivo a la hora de fortalecer la presencia del PDS en la política del Este: a los perdedores de la Unificación y a los socialistas más convencidos se sumó el apoyo de quienes protestaban así por las repercusiones de la unificación.

<sup>42</sup> «Décimo aniversario de la unidad alemana. El balance subjetivo de la unidad interna», Comunicado de prensa, 19 de septiembre de 2000 (en español), en <http://www.bundesregierung.de>.

<sup>43</sup> *Cit.* en RÜSCHEMEYER, M., y WOLCHIK, S. L.: «The Return of Left-Orientated Parties in Eastern Germany and the Czech Republic and Their Social Policies», en COOK, L. J.; ORENSTEIN, M. A., y RÜSCHEMEYER, M. (eds.): *Left Parties and Social Policy in Postcommunist Europe*, Boulder, Co., Westview Press, 1999, p. 111.

En esta tesitura, el año superelectoral de 1994 (en el que se celebraron elecciones tanto a las dos Cámaras como al Parlamento Europeo) obligaría al PDS a cambiar de estrategia para agregar nuevos apoyos, consolidarse en el sistema alemán de partidos y comenzar de esta manera una nueva etapa en su historia.